

— Los demás tampoco tienen remedio; ya dí el parte: dos generales, dos coroneles y un teniente coronel.

— Villagómez...

— Es un hombre peligroso.

— Villada...

— Es el único que me hace vacilar... Mis oficiales, no en cuerpo, porque las representaciones en cuerpo están prohibidas, pero sí aisladamente, han venido á pedirme que perdone á Villada...

— Concédales usted lo que solicitan.

— De buena gana lo haría; pero en México se conocen ya hasta los nombres de los que serán fusilados... Me inclino á la clemencia porque la buena causa, la causa de la humanidad, le debe á Villada un gran servicio: el día que tomaron los chinacos á Uruapan, dispuso Arteaga que fueran fusilados todos los oficiales, de teniente arriba; dió la orden á Vicente; eran treinta y cinco; treinta y cinco valientes que estaban ya dispuestos al sacrificio; pero el comandante Villada comprendió lo horrible del caso y le dijo á Arteaga con entereza:— «Sé á lo que me expongo, que es á que usted me mande fusilar por mi desobediencia; pero yo no hago eso que usted me ordena porque no soy carnicero.» — «Cumpla usted la orden, señor comandante.» — «Le ruego á usted me diga dónde me presente arrestado para que se me forme consejo de guerra.»

Arteaga, ya con el aura epiléptica en los ojos, babeando de rabia y de enfermedad, se limitó á decir al atrevido muchacho: — «Retírese usted.» — Ya iba lejos el bizarro chinaco, cuando Arteaga le llamó de nuevo, diciéndole:— «Fusile nada más al prefecto, á Paz y á Lemus.» — Y volviéndose á los presos, que ya aguardaban la rociada de balas que había de acabar con ellos, les gritó á voz en cuello: «Ustedes, grandísimos indecentes, quedan perdonados; pero no por mi gusto, sino por el influjo del señor comandante Villada, á quien nada puedo negar este día.»

— Pues vale la pena de que usted le perdone ahora.

— ¿Y qué hago para comprobar el fusilamiento del quinto chinaco?

— Hay tanto bribón entre estas gentes, con cuya muerte en vez de perder ganaría el imperio...

— Tiene usted razón... me acaba de dar la gran idea... Sí, sí, en efecto, cualquiera de estos *gavilleros* puede tomar el sitio de Villada... Y cabalmente hay uno que está ni mandado hacer para el caso, un tal Juan González que fué sacerdote mercedario, dieguino ó no sé qué, y que ahora anda robando y asesinando en compañía de estas gentes...

— ¿Y el prefecto, señor? dije dejando para lo último á quien más me interesaba.

— ¡Oh, el prefecto!... Ese es un viejo que tiene más de loco que de perjudicial... Yo le mando á México y con eso

cumpló... De allá que le envíen á Yucatán, á la Martínica ó adonde quieran.

— No merece tanto, señor.

— ¿Se interesa usted de veras por él? Le mando preso á Morelia por unos días y luego que haya pasado la novedad le pongo libre. ¿Qué dice?

Dije que sí por temor de no obtener otra cosa, y seguí abogando largamente en favor de Villagómez.

— No y no, señora. Y por Dios que no se empeñe mucho porque entonces no me decido por Villada: su protegido de usted me sirve de pretexto para decir que hubo confusión... Villagómez, Villada... Casan, ¿verdad?

Viendo la irremediable me retiré compungida, y al salir á la puerta me topé con Villada, que salía de la capilla mientras entraba un guerrillero que á la cuenta debe de haber sido el fraile renegado.

Desde aquel momento Méndez se encerró en su tienda como Aquiles (el griego, no el mío) y se rehusó á recibir enviados y diputaciones que le fueran á poner en más torturas y dificultades.

Doña Lorenza y Génie me llenaron de glorias al saber lo que había obtenido para don Germán; pero temerosas de que Méndez no cumpliera su palabra, quisieron ver el fusilamiento para cerciorarse de que no había engaño y de que don Germán iría sano y salvó hasta Morelia. Como no pude hacerles desistir de su empeño, tuve la idea de



— Doña Lorenza y Génie me llenaron de glorias al saber lo que había obtenido...

acompañarlas para despedirme de mi excelente guardián Villagómez.

La mañana estaba fresca y hermosa, como que finalizaba el mes de Octubre, y la estación de lluvias se había prolongado más de lo que solía. El aire estaba lleno de aromas y de cantos de pájaros; el suelo lleno de verdura desde el cercano Cerro Colorado hasta el distante y enorme de Tancítaro. Nada se movía en el pueblo. No había ventana abierta, ni paseantes distraídos, ni curiosos atisbadores; sólo la tropa, numerosa tropa de infantería y caballería, llenaba la plaza y las calles adyacentes: los militares estaban vestidos de gala, llenos de cordones y de cruces y montando briosos caballos; un par de cañones brillaba escasamente con la luz de la mañana...

Dos escoltas salieron á un tiempo; una fijó, casi frente por frente de nosotros, un gran papel que comenzaba diciendo:

« Mexicanos:

» La causa que con tanto valor y constancia sostuvo don Benito Juárez, sucumbió ya no sólo ante la voluntad nacional, sino ante la misma ley que este caudillo invocaba en apoyo de sus títulos. Hoy hasta la bandería en que degeneró dicha causa ha quedado abandonada por la salida de su jefe del territorio patrio...»

Y luego el decreto:

« Maximiliano, Emperador de México.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

»Oído nuestro Consejo de Ministros y nuestro Consejo de Estado,

»Decretamos:

»Artículo 1.º Todos los individuos que pertenecieren á bandas ó reuniones armadas, que no estén legalmente autorizadas, proclamen ó no algún principio político... serán condenados á la pena capital...»



Mientras leíamos, la otra escolta llegó con los presos, que había sacado de una casa vecina. Arteaga iba sereno, aunque pálido, erguida la frente, cuidado y limpio el viejo traje negro, reanimado el semblante, que no parecía tan hosco ni tan dolorido como de ordinario. Caminaba torpemente por causa de su cojera y se apoyaba en el brazo de Salazar, que iba no sólo sereno, sino retador, as-

pirando los efluvios de aquella mañana dulce y grata, con la mirada brillante, el paso marcial y un dejo de conmiseración, de burla y de desdén en los labios. Vestía chaqueta de color claro que dejaba asomar un pañuelo rojo por uno de los bolsillos, pantalón negro muy usado y zapatos de vaqueta amarilla.

Villagómez me miró con gratitud, como si fuera el último semblante amigo que había de contemplar. Me estrechó la mano con la suya; y avanzó seguido de don Jesús Díaz, que iba recitando no sé qué oraciones y cogido del brazo del sacerdote, pues llegaba al trance completamente cohibido. Fray González iba tranquilo, casi indiferente; fumaba un gran cigarro de hoja de maíz, y veía para todos los extremos de la plaza no como quien quiere aspirar los últimos efluvios de la vida que se le escapa, sino con la extrañeza de quien por primera vez contempla un panorama.

Se formó á todos contra una pared, y antes de que el oficial que mandaba el pelotón alzara la espada, Salazar rompió á hablar. Dijo que no se les fusilaba por bandidos, sino por defender á su patria; que la sangre que derramaran los soldados caería sobre sus cabezas y sobre las de sus hijos; que no importaba que les mataran, porque no faltaría quién siguiera la causa que ellos abandonaban sin querer.

Cuando decía: «La semilla de los buenos es fecunda»,

el oficial que mandaba el cuadro hizo una seña y músicas y bandas rompieron á tocar. Aguardó el orador un momento, y calculando que el ruido no permitiría escuchar, y viendo que el oficial ordenaba el fuego, gritó con voz estentórea abriéndose la chaqueta y señalando el pecho:

— ¡Aquí, traidores...!

En el mismo instante sonó la descarga y cayeron los cinco sentenciados. Luego la tropa desfiló ante los cadáveres y á poco ocurrimos en unión de muchas señoras de Uruapan á levantar, lavar, velar y enterrar á los muertos. El sol inundaba ya la plaza; los bandos de pájaros empezaban á gorjear de nuevo, y una paloma parda, de esas que lloran tan tristemente porque, según refiere el pueblo, llegaron tarde para alegrar la agonía de Cristo, zureaba en la enramada con voz doliente, acariciadora, suave y mística...



CUARTA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Don Gil de las Calzas Verdes

EL cuatro de Noviembre llegué á la corte, y aunque no pude ir por la mañana á presentar mis homenajes á Su Majestad la Emperatriz, que celebraba el santo de su nombre, quise presenciar la inauguración del Teatro Imperial que aquella noche se estrenaba. Por cierto que íbamos á ver representar el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla. Mi puesto era tras de las damas de palacio, y como la corte estaba en pleno y asistían casi todas las dignidades, venía á quedar bastante lejos del escenario, y por consecuencia, de la vista de los Emperadores. Quería volverme pequeña para felicitar á S. M. antes de que ella tuviera noticia de mi llegada, y obtener sus órdenes para empezar mi servicio al día siguiente.